



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

FILOSOFIA Y CIENCIA EN DESCARTES

La «sabiduría universal»

Las *Regulae ad directionem ingenii* fueron publicadas cincuenta años después de la muerte de su autor siendo, en cambio, una obra de juventud, la primera obra importante que escribió Descartes. Según es fácil deducir de su texto, y de su mismo título, las *Regulae* son el verdadero «discurso del método» y, aunque posiblemente fueran juzgadas por Descartes como una obra prematura, contienen, sin duda, todo el impulso y la fuerza del *método* cartesiano. Mientras en el *Discours* plantea, en realidad, más un problema de fundamentación que un desarrollo del método, en las *Regulae* expone con gran detenimiento todo lo relativo a este último y contiene sobradamente toda la gnoseología cartesiana, especialmente todo lo relativo a la «intuición» como eje alrededor del cual gira toda su teoría del conocimiento, de la que hemos ya mostrado los rasgos principales y que ahora examinaremos en relación con la tarea «científica» cartesiana.

Es, desde luego, significativo que sea precisamente la *primera* Regla la que trata de la «conexión» entre todas las ciencias, como si fuera éste un planteamiento metódico fundamental para el desarrollo de las demás reglas. Y, efectivamente, es así, especialmente por la índole del argumento que ofrece Descartes para justificar la existencia de una «ciencia universal».

Comienza la *Règle I* refiriendo que los hombres hacen una analogía entre «les sciences, qui consistent tout entières en une connaissance qui appartient à l'esprit, et les arts, qui exigent quelque exercice et quelque disposition du corps» (141). Y así como en estas últimas es más conveniente dedicarse a una sola que a muchas «on a donc cru qu'il en était de même pour les sciences, et, en les distinguant l'une de l'autre à raison de *la diversité de leurs objets*, on a pensé qu'il fallait les étudier chacune à part, en laissant toutes les autres de côté. En quoi l'on s'est assurément trompé. *Toutes les sciences ne sont en effet rien d'autre que l'humaine sagesse*, qui demeure toujours une et identique à elle-même, quelque différents que soient les objets auxquels elle s'applique» (142). En consecuencia con la innovadora tesis afirmada, se lamenta de que dedicándose los hombres a conocimientos especializados «presque personne ne songe au bon sens, c'est-à-dire à *cette sagesse universelle*» (143). En pocas palabras ha expresado Descartes la nueva posición desde la que enfoca el problema planteado, aparentando superar, des-

de una perspectiva «más alta», el excesivo «empirismo» de Aristóteles. Dejando de lado esta dialéctica cartesiana que hace cargar en la filosofía que sostiene la diversidad de ciencias por la diversidad de objetos, el afán de especialización que ni se incluye ni se deduce de aquella afirmación, debemos analizar lo que propiamente se afirma en el terreno de los principios. Las ciencias constituyen un tono único porque es *una* la sabiduría humana a la que no puede imponérsele esta diversidad que las «artes», por la índole corporal del objeto que manejan, tienen que sufrir.

No admite Descartes que el objeto a conocer actúe de elemento diversificador, porque es el alma —espíritu, y no cuerpo— la que conoce. Ahora bien, la espiritualidad del alma es, sin duda, la condición de posibilidad de nuestro conocimiento: es el lugar óntico *desde el cual* puede el hombre «abrirse» al mundo entero y *al cual* referirlo para comprenderlo; pero no es *lo que* conoce como mundo. «Prima intellecta sunt res extra animam, in quae primo intellectus intelligenda fertur» (144), escribe Sto. Tomás, y porque precisamente, como dice Aristóteles, «anima est quodammodo omnia», se sigue de ello que las ciencias, en cuanto saber humano, se diversifican por su objeto. Naturalmente que es su objeto «formal» el que constituye las diversas ciencias (de ahí que se den fundamentalmente tres ciencias, según los tres grados de abstracción formal).

El idealismo que supone la afirmación cartesiana de atender sólo al sujeto pensante, prescindiendo de lo que hay fuera de él, para concluir la unidad de todas las ciencias, identificadas con la sabiduría humana, supone, como casi toda la filosofía cartesiana, la remoción del constitutivo «potencial» que tiene también nuestra facultad cognoscitiva (precisamente, en cuanto «facultad». Ello no niega que, en cuanto potencia «activa» la capacidad de conocer radique en el «acto» del ser espiritual, pero el entendimiento humano no está, por sí solo, en acto) (145).

Lo que importa, pues, dilucidar es si la unificación de las ciencias físicas puede incluir, a la vez, a la metafísica. Una cierta terminología e incluso la aceptación, por Descartes, de ciertas clásicas definiciones no puede decantar gratuitamente una interpretación que pugna con el espíritu y la letra del conjunto de la obra cartesiana.

Nosotros sostenemos que la unificación de las ciencias, con la exposición de un curioso y notable argumento que todavía comentaremos más, se realiza según Descartes mediante la superación de lo que, desde Aristóteles, se entiende por metafísica: «ciencia del ente en cuanto tal». Un punto de apoyo importante lo encontramos en el *Discours de la méthode*. De antemano, debemos notar el título *completo* que tal obra lleva y del que el uso corriente, indebidamente, cercena una importante parte: *Discours*

de la méthode pour bien conduire sa raison et chercher la vérité dans les sciences (y cuya comparación, por cierto, con el título completo del *Treatise* de Hume no sería inútil).

En la Primera Parte del *Discours*, refiriendo Descartes los estudios clásicos por él realizados, inserta unos «juicios personales» sobre las ciencias que estudió, que son de gran valor: «Je me plaisais surtout aux mathématiques, à cause de la certitude et de l'évidence de leurs raisons; mais je ne remarquais point encore (146) leur vrai usage, et, pensant qu'elles ne servaient qu'aux arts mécaniques, je m'étonnais de ce que, leurs fondements étant si fermes et si solides, on n'avait rien bâti dessus de plus relevé» (147). «Je ne dirai rien de la philosophie sinon que... considérant combien il peut y avoir de diverses opinions, touchant un même matière, qui soient soutenues par des gens doctes, sans qu'il y en puisse avoir jamais plus d'une seule qui soit vraie. je réputais presque pour faux tout ce qui n'était que vraisemblable... Puis, pour les autres sciences, d'autant qu'elles empruntant leurs principes de la philosophie, je jugeais qu'on ne pouvait avoir rien bâti, qui fût solide, sur des fondements si peu fermes» (148). En la Sexta y última Parte del *Discours* recapitula y expone razones en defensa de las tesis enunciadas. Y allí podemos, de nuevo, comparar el pensamiento cartesiano sobre la «filosofía especulativa» en relación con las «ciencias físicas» según las palabras de Descartes: «elles (las

nociones relativas a la física) m'ont fait voir qu'il est possible de parvenir à des connaissances qui soient fort utiles à la vie, et qu'*au lieu de cette philosophie spéculative, quo'n enseigne dans les écoles, on en peut trouver une pratique*, par laquelle, connaissant la force et les actions du feu, de l'eau, de l'air, des astres, des cieux et de tous les autres corps qui nous environnent, aussi distinctement que nous connaissons les divers métiers de nos artisans, *nous les pourrions employer en même façon à tous les usages auxquels ils sont propres, et ainsi nous rendre comme maîtres et possesseurs de la nature*» (145).

Importaría también en orden a rebatir el supuesto interés especulativo del racionalismo cartesiano, añadir a las anteriores palabras, suficientemente significativas, aquellas con que Descartes concluye el *Discours* que comentamos: «Je me veux point parler ici, en particulier, des progrès que j'ai espérance de faire à l'avenir dans les sciences... Mais je dirai seulement que j'ai résolu de n'employer le temps qui me reste à vivre à autre chose qu'à tâcher d'acquérir quelque connaissance de la nature, qui soit telle qu'on puisse tirer des règles pour la médecine, plus assurées que celles qu'on a eues jusques à présent» (150).

La relación entre la filosofía y las ciencias puede haber adquirido una más centrada perspectiva si atenemos a los textos del *Discours*, aducidos para mostrar donde se expone el verdadero interés e intención fundamental del mé-

todo, es decir, del pensamiento cartesiano, removiendo así un posible desenfoque del problema que ha sido propagado infundadamente por los comentaradores «empiristas» de la historia de la ciencia y del neopositivismo. Podemos ahora sostener que la unidad de la ciencia, en Descartes, no supone un «despegue» de las ciencias particulares, rehuyendo la pluralidad de las mismas, por alcanzar otra distinta de ellas y, de algún modo, superior, sino que la unificación se alcanza por *el rechazo de lo que tradicionalmente se había entendido por filosofía especulativa*. Y tal fundamentación, claro está, se debe alcanzar por la vía descubierta por Descartes al afirmar que se «admiraba» de que sobre los «sólidos fundamentos» de la matemática no se lograran más que aplicaciones «mecánicas». A este punto central nos ceñiremos en un comentario posterior, pero podemos ya adelantar que la unificación de todas las ciencias se produce no por el «olvido» del diverso objeto que en cada una de ellas se estudia, como parecía deducirse de la Primera Regla, sino por la *unificación de todo* objeto de conocimiento como siendo el objeto de la matemática: *la cantidad*.

Si hemos podido mostrar, por los textos anteriores, cuál es el espíritu cartesiano en orden a la relación entre filosofía y ciencias, podemos todavía analizar en otros contextos el nombre que le conviene a esta «sabiduría universal» que, en la Primera Regla, identificaba con la sabiduría humana. Esta ciencia que tiene por objeto

la sabiduría recibe el nombre de *Filosofía*. La definición de filosofía como «ciencia que estudia los primeros principios o causas» que es clásica desde Aristóteles, nos induce a preguntar, con el filósofo griego, si esta ciencia existe y es *única* como expresamente se lo plantea el estagirita en varios de los libros de la *Metafísica*. Pero siendo, según aquel autor, la «ciencia por excelencia» en cuanto que atiende a las más universales causas y principios —y está por lo mismo, más lejos que ninguna de la *utilidad* que todas las otras ciencias y artes nos reportan—, no se sigue de aquí, del especial objeto *formal* que ella estudia, que puedan de ella «deducirse» todos los conocimientos que serían propios de cada una de las ciencias. Si ello fuera así la filosofía sería, por definición, la ciencia universal única. Este es precisamente el pensamiento de Descartes.

La Filosofía es, para Descartes, «el estudio de la Sabiduría» y por Sabiduría entiende: «une parfaite connoissance de toutes les choses que l'homme peut savoir, tant pour la conduite de sa vie, que pour la conservation de sa santé et l'invention de tous les arts» (151). Ello no obsta para que acepte también la Filosofía como «la connoissance de la verité par ses premières causes» (152), pues —y éste es el núcleo del argumento en favor de la unidad de la ciencia— las *primeras causas* son para Descartes los «Principios» absolutos de todo conocimiento, de for-

ma que de ellos pueden «deducirse» *todos* los conocimientos.

El verdadero camino para llegar a la Sabiduría «c'est de chercher les premières causes et les vrais Principes dont on puisse déduire les raisons de tout ce qu'on est capable de savoir» (153). Estos principios tienen dos únicas y fundamentales razones para serlo «la première est qu'ils font tres-clairs, et la seconde, qu'on en peut *deduire* toutes les autres choses: car il n'y a que ces deux conditions qui soient requises en eux» (154).

Que de estos Principios se *deducen* todos los conocimientos humanos posibles, es lo que temáticamente sostiene Descartes y hasta qué punto ello discrepa de lo que tradicionalmente se entendió por Filosofía, lo refiere explícitamente Descartes en el mismo *Prefacio* cuando comenta las tres obras que seguían al *Discours*, el cual, dice Descartes, trataba de «les principales regles de la Logique et d'une Morale imparfaite, qu'on peut fuiure par provision pendant qu'on n'en sait point encore de meilleure. Les autres parties furent trois traitez: l'un de la *Dioptrique*, l'autre des *Meteores*, et le dernier de la *Geometrie*. Por la *Dioptrique*, j'eu dessein de faire voir qu'on pouvoit *aller assez avant en la Philosophie, pour arriver par son moyen jusques à la connoissance des artes qui sont utiles à la vie*, à cause que l'invention des lunettes d'approche, que j'y expliquois, est l'une des plus difficiles qui ayent jamais été cherchées. Par les

Meteores, je desirai qu'on reconnut la difference qui est entre la Philosophie que je cultive et celle qu'on enseigne dans les ecoles où l'on a coustume de traiter de la même matière» (155).

El *Discours* era, pues, una exposición de Lógica, en la *Dióptrica* se trataba de mostrar cómo *por medio de la Filosofía* se puede llegar al «conocimiento de artes útiles para la vida» y en los *Meteoros* deseaba que se reconociera la *diferencia* entre su filosofía y la de las «Escuelas». Y de la importancia de esta diferencia nos habla todavía otra vez Descartes más adelante volviendo sobre el argumento de que de los principios aristotélicos no se ha podido deducir conocimiento alguno: «Le dernier et le principal fruit de ces Principes est qu'on pourra, en les cultivant, decouvrir plusieurs verités que je n'ai point expliquées; et ainsi, passant peu à peu des unes aux autres, acquerir avec les temps une parfaite connoissance de toute la Philosophie et monter au plus haut degré de la Sagesse... et on ne sauroit mieux prouver la fausseté de ceux d'Aristote, qu'en disant qu'on n'a seu faire aucun progres par leur moyen depuis plusieurs siècles qu'on les a suivis» (156).

Antes de seguir adelante en el análisis del sentido de los textos cartesianos relativos a la Filosofía, como estudio de la Sabiduría, conviene aclarar cuál era el pensamiento tradicional sobre la relación entre «sapientia» y «scientia», porque ello arroja bastante luz sobre la *innova-*

ción pretendida —y explícitamente señalada— por Descartes.

Sobre la distinción entre sabiduría y ciencia se trata en muchos pasajes de Sto. Tomás, de entre los cuales resulta muy definitivo el que a continuación transcribimos: «Sapientia non dividitur contra scientiam sicut oppositum contra oppositum, sed quia se habet ex additione ad scientiam. Est autem sapientia, ut dicit Philosophus in *VI Ethicorum*, caput omnium scientiarum, regulans omnes alias in quantum de altissimis principiis est, propter quod etiam dea scientiarum dicitur in principio *Metaphyscae*, et multo magis quae non solum de altissimis, sed ex altissimis est. Sapientis autem est ordinare, et ideo ista scientia altissima, quae omnes alias regulat et ordinat, sapientia dicitur, sicut in artibus mechanicis sapientes dicimus illos qui alios regulant, ut architectores; scientiae vero nomen aliis inferioribus relinquitur. Et secundum hoc, scientia contra sapientiam dividitur sicut proprium contra definitionem» (157).

Al igual que en la «Arquitectónica de la Razón Pura» del final de la *Crítica de la razón pura* de Kant, la sabiduría —la «razón» kantiana— regula y ordena todo saber humano en cualquier ámbito científico. Por tanto, la sabiduría no se distingue de las ciencias como «lo opuesto a lo opuesto», sino como «la definición a la propiedad».

El último párrafo del texto tomista expresa lo que tendría que ser admitido para equiparar

la Sabiduría al conjunto (agregado) de *todas* las ciencias, a saber, *que todas las propiedades de una cosa forman parte integrante de una esencia y pertenecen (implícita o explícitamente) a su definición*. Pero esta característica sólo se da dentro del ámbito de una sola ciencia: la matemática. Por consiguiente la «Sabiduría» cartesiana no es otra sino la «Mathesis universalis». Sólo en la matemática es posible, a partir de unos principios, deducir todas las verdades que en ellos se contienen.

El «árbol de la Filosofía»

La enumeración y, sobre todo, el origen de los Principios es de la mayor importancia para captar, en todo su verdadero sentido, el esquema general de la Filosofía, tal como lo refiere Descartes en su famoso «árbol de la Filosofía». Por esta razón, importa, antes de referirnos a él, recordar la originación jerarquizada de tales Principios. Poco después de haber expuesto las dos razones que hacen que los Principios sean tales, a saber, *su claridad y que de ellos se pueden deducir las demás cosas*, enumera cuáles son estos principios. «Qu'il y a un Dieu, qui est auteur de tout ce qui est au monde, et qui, etant la fource de toute verité, n'a point créé notre entendement de telle nature qu'il se puisse tromper au jugement qu'il fait des choses dont il a une perception fort claire et fort dis-

tincte. Ce font là tous les Principes dont je me fers touchant les choses immaterielles ou Metaphysiques, *desquels je déduits tres-clairement ceux des choses corporelles ou Physiques*, à savoir qu'il y a des corps etendus en longueur, largeur et profondeur, qui ont diverses figures et se meuvent en diverses façons. Voila, en somme, tous les Principes *dont je déduits la verité des autres choses*» (158).

El orden de los Principios está de tal modo ordenado que de los Principios metafísicos se deducen los físicos y de éstos la verdad «de las demás cosas». Los Principios metafísicos no sólo «fundamentan» los físicos, sino que éstos *se deducen* de aquellos de donde se pueden derivar todos los conocimientos humanos posibles. Ahora bien, por vía meramente «deductiva» no es posible alcanzar otra *formalidad* en el objeto de la «nueva» ciencia deducida. La distinción entre Metafísica, Física y demás conocimientos es meramente de «concreción». La distinción aristotélica entre las tres ciencias máximamente teóricas: filosofía, matemáticas y física (que Aristóteles considera ciencias filosóficas) se alcanza por diversos grados de abstracción en cada una de ellas, de modo que no puede haber una «deducción» que lleve del *ens in quantum ens* al *ens quantum* ni de éste al *ens mobile*.

Desde esta observación estamos en condiciones de interpretar el sentido del «árbol» de la Filosofía tal como lo expresa Descartes: «Ainsi

toute la Philosophie est comme un arbre, dont les racines sont la Metaphysique, le tronc est la Physique, et les branches qui sortent de ce tronc sont toutes les autres sciences, qui se reduisent à trois principales, à savoir la Medecine, la Mechanique et la Morale, j'entens la plus haute et la plus parfaite Morale, qui, presupposant une entiere connoissance des autres sciences, est le dernier degré de la Sagesse. Or comme ce n'est pas des racines, ny du tronc des arbres, qu'on cueille les fruicts, mais seulement des extremités de leurs branches, ainsi la principale utilité de la Philosophie depend de celles de ses parties qu'on ne peut apprendre que les dernieres» (159). Es bien sabido que, como apuntábamos en el anterior comentario, este esquema de las ciencias, y la filosofía como comprendiéndolas a todas ellas, no es en modo alguno el esquema aristotélico.

No entraremos aquí en el comentario que el texto requeriría, sino que solamente nos ceñiremos al aspecto que relaciona la Metafísica con la Física y demás ciencias: Medicina, Mecánica y Moral, porque incide directamente en el problema de la unificación de las ciencias. Conviene notar, dentro del esquema del árbol, que las tres últimas ciencias no son, como de algún modo parece desprenderse del texto y, sobre todo de la metáfora del «árbol», tres ramas independientes y situadas al mismo nivel. Que la Moral no está en este caso, ya el propio Descartes lo aclara al afirmar que ella es «el últi-

mo y supremo grado de la Sabiduría», pero asimismo la Medicina cartesiana (según se desprende de las explicaciones sobre circulación sanguínea que inserta en la Quinta —y que había de ser la última— Parte del *Discours de la méthode*, y también, por ejemplo, del *Tratado de las Pasiones*), tenía toda ella una explicación mecanicista y es, en general, cosa bien sabida que toda la física cartesiana es simple mecánica. Es decir, el verdadero esquema cartesiano no queda fielmente reflejado con el ejemplo de un «árbol» en lo que a las ramas se refiere porque, en rigor, la Mecánica se deduce de la Física; la Medicina de la Mecánica; y «presuponiendo un íntegro conocimiento» de estas disciplinas, aparece la Moral como «deducida» de ellas. El sistema deductivo cartesiano, que está presente en *todos* los tránsitos de cada ciencia «superior» a su inmediata «inferior» no tiene por qué no actuar en este último caso. A este respecto es notable recordar que Descartes no llegó a escribir ninguna *Ética* y lo que acabamos de decir podría ser una buena razón para no hacerlo. (Como es también notable recordar que Spinoza titulara a su más grande obra *Ethica ordine geometrico demonstrata*.)

Siguiendo el hilo de nuestro comentario, debemos caer en la cuenta de que no sólo la Metafísica fundamenta la Física, que se deduce de ella, sino que toda la Metafísica se *agota* en la Física, como ésta en las otras ciencias, si hemos de tomar en serio no sólo la metáfora árbó-

rea, sino lo afirmado por Descartes en la segunda parte del texto y que es de la mayor importancia para la comprensión del esquema cartesiano: «Los frutos no se recogen ni de las raíces ni del tronco, sino de las extremidades de las ramas».

No puede pasar por alto a nuestra consideración el hecho, verdaderamente sorprendente, de que en este «árbol de la Filosofía» en el que figuran todas las ciencias que constituyen la Sabiduría, *no* figure la «matemática».

Si para el mismo Aristóteles la matemática era una parte de la filosofía —en cuanto ciencia máximamente teórica—, y así se consideró en toda la tradición de las «escuelas», la ausencia de esta ciencia en este árbol cartesiano, que incluye la metafísica, la física, la mecánica, la medicina y la moral, es algo que nos induce a una reflexión.

Resultaría abrumador y reiterativo exponer los textos cartesianos relativos a la importancia de la matemática, pero no podemos menos de referir algunos de ellos con la intención de hallar la razón de su exclusión en este árbol de la filosofía. En la Regla Segunda, cuyo objeto es justificar que nuestro espíritu sólo debe atender a los objetos de los que tenga conocimiento cierto e indubitable, podemos leer: «*Mais nous qui avons dit un peu plus haut que de toutes les disciplines reconnues par les autres, l'arithmétique et la géométrie étaient les seules à être exemptes de tout vice de fausseté ou d'incerti-*

tude, il nous faut remarquer, pour apprécier plus soigneusement pourquoi il en est ainsi, que nous parvenons par une double voie à la connaissance des choses, à savoir, par l'expérience ou par la déduction. Il faut remarquer, en outre, que les expériences que nous avons des choses sont souvent trompeuses, mais que la déduction, c'est-à-dire la pure et simple inférence d'une chose à partir d'une autre, peut sans doute être manquée si on ne la voit pas, mais ne peut jamais être mal faite par un entendement doué de raison, fût-ce au plus faible degré» (160). Y resulta, asimismo, muy relevante el texto que sigue al anterior: «De là se conclut avec évidence la raison pour laquelle l'arithmétique et la géométrie sont bien plus certaines que toutes les autres disciplines: c'est qu'elles seules traitent d'un objet si pur et si simple qu'elles n'admettent absolument rien que l'expérience ait rendu incertain, et qu'elles consistent tout entières à tirer des conséquences par voie de déduction rationnelle» (161).

Una nueva perspectiva, que ilumina la paradoja que pretendemos resolver acerca de la ausencia de la matemática en el esquema de las ciencias propuesto por Descartes, se nos ofrece en la Regla Cuarta cuyo tema, expresado en el mismo título, se centra en la necesidad del «método» para investigar la verdad. El núcleo de esta Regla está de tal modo centrado en torno a la íntima conexión entre *método* y *matemática* que deberíamos reseguir casi toda la expo-

sición para percatarnos del ritmo de la argumentación cartesiana. Expondremos una selección de las afirmaciones más importantes que en ella se contienen.

«Voici maintenant la tâche principale que je me suis assignée dans le présent traité; je ne ferais pas en effet grand cas de ces règles, si elles n'avaient d'autre office que de résoudre les problèmes creux avec lesquels les arithméticiens ou les géomètres ont coutume d'amuser leurs loisirs; car je coirais de la sorte n'avoir rien fait d'autre que m'occuper de bagatelles, avec plus de subtilité peut-être que les autres. Et bien que je sois ici amené à parler souvent de figures et de nombres, puisqu'on ne peut demander à aucune autre science des exemples aussi évidents et aussi certains, quiconque considérera attentivement ma pensée s'apercevra facilement que je ne songe ici à rien moins qu'à la mathématique ordinaire, et que j'expose une autre discipline, dont ces exemples sont le revêtement plutôt que les parties constituantes. Cette science doit en effet contenir les premiers rudiments de la raison humaine, et s'étendre jusqu'à faire surgir des vérités de n'importe quel sujet; et, pour parler franc, je suis persuadé qu'elle est préférable à toute autre connaissance à nous transmise par voie humaine, attendu qu'elle est la source de toutes les autres» (162).

«En y réfléchissant plus attentivement, il finit par devenir clair pour moi que seules les choses,

et toutes les choses, dans lesquelles c'est l'ordre ou la mesure que l'on examine, se rapportent à la mathématique, peu importe que cette mesure soit à chercher dans des nombres, des figures, des astres, des sons, ou quelque autre objet; que par conséquent il doit y avoir une science générale qui explique tout ce qu'il est possible de rechercher touchant l'ordre et la mesure, sans assignation à quelque matière particulière que ce soit; et que cette science s'appelle, non point d'un nom d'emprunt, mais d'un nom déjà ancien et reçu par l'usage, la mathématique universelle» (163).

«Mais si tout le monde connaît son nom et comprend, même sans y faire grande attention, l'objet dont elle traite, comment se fait-il que la plupart des gens s'acharnent à explorer les autres sciences, qui dépendent d'elle, tandis que personne ne se soucie de l'étudier elle-même?» (164).

De todo lo que puede leerse en estos textos puede concluirse, a modo de resumen, un grupo de tesis en torno a la relación matemática, método: la matemática *revela* el método y en ello radica su importancia que sobrepasa a la de la matemática en sí misma considerada. No importa el objeto material al que ella se refiere en tanto que sólo examina el orden y medida que en tales objetos se dan. Este método es aplicable, por consiguiente, a todas las ciencias y ella puede llamarse, por lo mismo, la fuente de todas las demás.

Si la matemática no figura en el árbol de la filosofía como una de las ciencias es porque ella es el método de cada una de ellas. Ahora bien —y ésta es la pregunta importante—, no puede aplicarse el método matemático si no es a un objeto matemático. Por tanto, la exclusión de esta ciencia exacta del conjunto de las demás ciencias —incluida la Moral— sólo se entiende desde la reducción de todo objeto de conocimiento matemático, en el que no se da otra «naturaleza» que la del «orden y medida».

Además, el texto último de los reseñados es exactamente paralelo al de la Regla I. En ambos se contraponen las «ciencias» a otra clase de ciencia o saber. En la Primera Regla es la *Sabiduría humana*, en la Cuarta la *Matemática*. Ambas son una y la misma ciencia, o, mejor dicho, la verdadera sabiduría, en donde ningún error es posible.